

Recordar, compartir, aprender

Elche

Adrián Irlles Mollá,

M^a Teresa Cuenca Santamaría, 22 años

TÁNGER, UN SUEÑO HECHO REALIDAD

En una época en la que el franquismo azotaba España, un niño llamado Adrián era testigo de cómo en mitad de una clase unos hombres armados se llevaban a uno de los profesores de los que mejor recuerdo guarda y del que nunca volvió a saber nada.

Este joven ya había pasado las calamidades de la guerra y la posguerra, pero hechos como el ocurrido en su escuela son los que le marcaron. Adrián vivía en Elche y conforme se hacía mayor fue aprendiendo el oficio de zapatero y, además, conoció a la que sería su futura esposa. Su trabajo era muy duro y según él “las fábricas eran campos de trabajo forzado”.

En aquel momento, la situación allí era bastante mala y a los 24 años decidió emigrar. Pero no emigró a otros países europeos, sino que su emigración fue diferente; decidió ir a Tánger. Adrián emigró junto a su futuro suegro y allí se encontraría con parte de la familia de su novia, que emigraría más tarde y con la que se casaría en aquel lugar. Entonces, Tánger era internacional y tenía unos 200.000 habitantes. Su gente era de muy diversa índole: judíos, moros, polacos, alemanes, americanos, franceses. Marruecos estaba dividido en dos partes. La parte norte era del protectorado español y la parte sur del francés. Y había un puntito en el estrecho llamado Tánger, desde el que se podía ver tanto la frontera con España como la de África.

Cuando este joven pisó Tánger, se dio cuenta de que en España había unas necesidades enormes y, en cambio, allí lo tendría casi todo. Trabajó en la zapatería de un judío, donde iban a comprar “las señoras del mundo” como él las denomina. En Tánger el sueldo era tres veces mejor, con la particularidad de que todo era siete u ocho veces más barato que en España. La diferencia entre los dos sitios era enorme. Ambos trabajaban y allí conocieron a otro matrimonio con el que comenzaron una buena relación. Este vínculo era tan estrecho, que el hijo de Adrián y su mujer nació en casa de este matrimonio. Más tarde nacería su hija. En aquellos momentos, la esposa de Adrián era peluquera y vivían en la misma peluquería, al igual que el otro matrimonio.

Tánger se denominaba internacional porque era controlado tanto política como económicamente por nueve naciones: España, Francia, Italia, Suiza, Holanda, Bélgica, EE.UU., Reino Unido y Portugal. Entre estos países había uno que era el administrador internacional y cada cuatro años, se volvían a reunir para elegir a un nuevo administrador, con la condición de que no se podría repetir en el cargo. Ni siquiera había ejército, simplemente una policía internacional compuesta mayoritariamente por españoles o franceses, ya que eran las colonias más grandes. En cuanto a los colegios, cada consulado se hacía cargo de la educación de los niños. Allí la educación era algo básico y cualquier niño tenía un colegio al que ir. En cambio, en España, Adrián pasó por 17 colegios diferentes, a lo largo de su infancia.

En Tánger se vivía de otra forma, en todos los aspectos y eso desembocó en una mayor libertad. Este hombre tuvo la oportunidad de tener una pequeña fábrica, en la que trabajó junto a su mujer y en la que tuvo a diez o doce muchachos para que aprendieran el oficio de zapatero. Vivir en Tánger fue, para Adrián, la mejor etapa de su vida. Pero la independencia le hizo mucho daño a Tánger y tuvo que abandonarlo porque aquello ya no era lo mismo para los europeos.

Adrián no ha parado de trabajar en toda su vida, y cuando salió de Tánger volvió a Elche. Y es algo paradójico porque salió de allí dejando aquel lugar en unos momentos difíciles. En cambio, volvía a España para ver, mucho después, una recuperación del país, tras la dictadura. Es decir, abandonó algo que iría empeorando

Recordar, compartir, aprender

para volver a otro sitio donde, con el tiempo, todo mejoraría. En Elche volvería a trabajar en una fábrica de zapatos, pero poco después lo dejaría para irse a Fuerteventura, ya que el amigo que conoció en Tánger le ofreció un puesto de trabajo relacionado con la fotografía. Con él se iría, de nuevo, su mujer con la que, en agosto, cumplirá 55 años de casado. Allí también vivió a gusto, pero siempre remarcando que Tánger fue su mejor experiencia.

Cuando se jubiló no quería quedarse en una isla el resto de su vida y decidió volver a Elche, de nuevo. Hace nueve años le diagnosticaron cáncer de próstata, pero eso no fue un impedimento para que dejase de jugar a lo que más le gusta, el tenis. Poco después dejaría este deporte. Y hace, aproximadamente tres años volvería a Tánger lo que significó para él ver la parte negativa de este lugar y todo lo contrario a lo que vivió allí. Adrián es un hombre que sigue aprovechando su vida. Por las mañanas va al Hogar del Jubilado donde juega a la petanca y por la tarde va a la Asociación de Vecinos a jugar al chinchón. Tampoco se olvida de viajar con su mujer a la que quiere con locura.

Ahora, él se considera un “manitas” y ayuda a toda persona que lo necesita. Adrián Irles es un hombre que ha trabajado mucho, “siempre he tenido trabajo fuese donde fuese, nunca he parado de trabajar” afirma. Él ha definido su vida en cuatro etapas y, éstas, han sido muy diferentes. Pero lo que más le ha marcado en su vida ha sido viajar a Tánger, ya que le enseñó otra forma de vivir, otra forma de ver el mundo y saber que fuera de España las cosas, en muchos lugares, iban mucho mejor que aquí. Adrián define Tánger como un sueño hecho realidad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“La vida me ha enseñado a ser tolerante”. De toda persona siempre se puede aprender algo. Simplemente hay que darle una oportunidad y escuchar. Todo el mundo tiene algo que contar. Para unos puede ser más importante que para otros, pero al fin y al cabo es algo que cada uno ha vivido en su propia piel. Adrián Irles vivió el franquismo y del aprendió que los extremos nunca son buenos porque eso, al final, desemboca en caos. Este hombre vivió en Tánger y allí aprendió a respetar más a todo el mundo, a ser más tolerante y a asumir que cada uno tiene su forma de ver las cosas, y que nadie tiene que imponer a otro, porque la libertad es eso.

Para Adrián, el dinero no lo es todo. No siempre es lo que da la felicidad. Él lo tiene comprobado, ya que ha vivido con poco pero ha sido muy feliz. En su vida ha habido muchos obstáculos, pero siempre ha conseguido superarlos. Su máxima ha sido, es y será estar siempre al lado de los suyos. Está orgulloso de todo lo que ha conseguido, es decir, de sus hijos, sus nietos y su mujer. Para él, lo más importante es la persona con la que ha convivido más de 60 años y con la que viaja a todos lados, su mujer. Adrián ha sido un hombre valiente superando un cáncer de próstata. Pero, también se considera un “manitas” para todo. Nunca ha tenido miedo de cambiar de lugar para seguir trabajando, sin duda es una persona con mucho coraje, pero sobre todo, con ganas de vivir la vida.